

ESPACIO Y TIEMPO EN LAS SOCIEDADES GLOBALES SEGÚN MANUEL CASTELLS

Alberto Rojas Rojas
Sociólogo
Profesor UCR-UNA

A finales del Siglo XX Manuel Castells publicó una obra en tres volúmenes que busca analizar y comprender la economía, la sociedad y la cultura dentro de lo que él denomina la era de la información. Para hacerlo, despliega una serie de conceptos que transforman nuestra manera de ver y ubicarnos en el mundo, entre ellos los conceptos de espacio y tiempo.

Plantea nuestro autor que cuando el tiempo ya no es una limitación, el espacio se transforma en una posibilidad singular importante, lo que puede observarse en las ciudades y en la forma en que son utilizadas.

Así, aunque en la modernidad muchos sectores de población se refugian en sus hogares o en condominios o residenciales, la ciudad no desaparece por las funciones y servicios colectivos que presta y porque además, los lugares toman una nueva importancia con relación a cómo se vive el tiempo.

“Así pues, ‘el refugiarse en el hogar’ es una tendencia importante de la nueva sociedad. No obstante, no significa el fin de la ciudad. Porque los lugares de trabajo, los colegios, los complejos médicos, las oficinas de servicio al consumidor, las zonas de recreo, las calles comerciales, los centros comerciales, los estadios deportivos y los parques aún existen y existirán, y la gente irá de unos lugares a otros con una movilidad creciente debido precisamente a la flexibilidad recién adquirida por los dispositivos laborales y las redes sociales: a medida que el tiempo se hace más flexible, los lugares se vuelven más singulares, ya que la gente circula entre ellos con un patrón cada vez más móvil” (Castells, Vol. 1, p. 431).

Al no estar bajo el imperio del tiempo las personas pueden permanecer y disfrutar del lugar y del encuentro en un sitio específico. En otras palabras, cuando ya el tiempo no es importante podemos significar de diferente forma el lugar.

LA NUEVA DIMENSIÓN DEL TIEMPO

La posibilidad que dan los adelantos tecnológicos para la comunicación en tiempo real, rompe con la temporalidad tal y como la conocimos dentro de la modernidad y en épocas anteriores. En el pasado, la vida se ordenaba alrededor de los ciclos de la naturaleza y hacerse viejo era un privilegio, por el conocimiento y la experiencia que se acumulaba, aspectos que no eran posibles de almacenar y acceder en ningún otro lugar ni en ninguna otra forma.

“En el mundo en desarrollo, la revolución industrial, la constitución de la ciencia médica, el triunfo de la razón y la afirmación de los derechos sociales han alterado este patrón en los últimos dos siglos, prolongando la vida, superando la enfermedad, regulando los nacimientos, mitigando la muerte, poniendo en tela de juicio la determinación biológica de los papeles desempeñados en la sociedad y construyendo el ciclo vital en torno a categorías sociales, entre las cuales la educación, el tiempo laboral, las trayectorias profesionales y el derecho a la jubilación se convirtieron en las supremas. Sin embargo, aunque el principio de una vida secuencial pasó de ser biosocial a convertirse en sociobiológico, había (y aún hay) un patrón de ciclo vital al que las sociedades avanzadas tendían a ajustarse, y hacia el que los países en desarrollo trataban de evolucionar. Ahora, los desarrollos organizativos, tecnológicos y culturales característicos de la nueva sociedad emergente están debilitando en forma decisiva este ciclo vital ordenado, sin reemplazarlo con una secuencia alternativa. *Propongo la hipótesis de que la sociedad red se caracteriza por la ruptura de la ritmicidad, tanto biológica como social, asociada con la visión de un ciclo vital*” (Castells, Vol. 1, p. 480).

Precisamente, Castells afirma que la secuencia entre las cosas se rompe en la sociedad red. Está desapareciendo una secuencia a la que atenerse. El día es igual que la noche; el ayer o mañana se difuminan ante el “tiempo virtual”. La misma idea de progreso se modifica. El progreso es una secuencia en el tiempo en el que, según el ideal, cada vez se vive mejor. Es la historia moviéndose con el impulso de la razón y la industria, por encima de las culturas y sociedades ubicadas espacialmente (Castells, Vol. 1, p. 500). El tiempo estructuró así el espacio: una cosa tras otra, unos fenómenos tras otros en un proceso dinámico de transformación espacial. El espacio se veía así transformado por la secuencia de las cosas que se sucedían. El espacio dependía del tiempo.

La tecnología moderna al tratar de “vencer” al tiempo, rompe esa dependencia. El flujo entre los espacios, en un tiempo atemporal, borra la secuencia y “mata” al tiempo con la simultaneidad. El espacio y el lugar toman un significado diferente.

ESPACIO Y LUGAR

La ciudad global no es lo que parece, más que un lugar, dice Castells, es un proceso.

“Un proceso mediante el cual los centros de producción y consumo de servicios avanzados y sus sociedades locales auxiliares se conectan en una red global en virtud de los flujos de información, mientras a la vez restan importancia a las conexiones con sus entornos territoriales” (Castells, Vol. 1, p. 419).

Observamos en esta afirmación cuatro términos que nos interesan: lugares, flujos, procesos, conexiones.

Los flujos son secuencias de intercambio e interacción entre posiciones que mantienen los actores sociales en las estructuras económicas, políticas y simbólicas de la sociedad (Castells, Vol. 1, p. 445). Los flujos se relacionan con los fluidos de información y conocimientos que deciden, influyen, modelan y orientan, de forma dominante, los sectores más importantes de la economía, la política, y la cultura mundial, influyendo directamente en el desarrollo y la vida de las sociedades y poblaciones conectadas y no conectadas.

“Son los nodos de la economía global y concentran las funciones superiores de dirección, producción y gestión en todo el planeta; el control de los medios de comunicación; el poder de la política real; y la capacidad simbólica de crear y difundir mensajes ... lo más significativo de las megaciudades es que se conectan en el exterior con redes globales y segmentos de sus propios países, mientras que están desconectadas en su interior de las poblaciones locales que son funcionalmente innecesarias o perjudiciales socialmente desde el punto de vista dominante. ...*Es este rasgo distintivo de estar conectado globalmente y desconectada localmente, tanto física como socialmente, el que hace de las megaciudades una nueva forma urbana*” (Castells, Vol. 1, pp. 437-438).

Se genera así un espacio dominante y determinante que no es necesariamente un lugar. Un espacio formado por las conexiones entre las diferentes ciudades globales que se constituyen en los polos o nodos del poder y decisión a escala mundial. La ciudad global, entonces, deviene en un espacio o proceso constituido por sus conexiones, algo diferente a un lugar específico.

Para Castells, un espacio es un proceso, una concreción de relaciones sociales. Es a la vez el soporte material y el producto de prácticas y procesos de reproducción de la vida social, que según nuestro autor, comparten el tiempo. Este soporte material, además, está siempre asociado a un significado simbólico (Castells, Vol. 1, p.

445). Así, el nuevo espacio en las redes globales de poder, es el espacio de los flujos y por ello entiende "... la organización material de las prácticas sociales en tiempo compartido que funcionan a través de los flujos" (ibíd.).

Precisamente, a través de los flujos, se comparte el tiempo, que es tiempo simultáneo, y no necesariamente se comparte el lugar o la contigüidad.

Castells menciona que el espacio de los flujos está conformado por tres "capas" o soportes materiales. La primera capa la conforman los circuitos electrónicos. La segunda la constituye los nodos o ejes desde donde se producen las decisiones, el conocimiento y la información; se forman de esta manera diferentes redes globales, regionales y sectoriales interconectadas entre sí. Es importante destacar que el destino de cada localidad está profundamente influido por el lugar y función que juegue dentro de la red o redes en que le corresponda jugar o por su desconexión a tales redes. La tercera capa está constituida por las ubicaciones en donde la elite dominante satisface sus necesidades espaciales: son espacios segregados, seguros con fácil acceso a complejos cosmopolitas de arte, cultura y entretenimiento; lugares de acceso restringido que solo son usados y compartidos por una elite mundial que comparte estilos de vida cosmopolitas cruzados por una cultura internacional no asociada a ningún lugar específico, cargada simbólicamente como la vida de los distinguidos y los poderosos de la Tierra.

"Desde los pináculos del poder y sus centros culturales, se organiza una serie de jerarquías socioespaciales simbólicas, de tal modo que los niveles de gestión inferiores puedan reflejar los símbolos del poder y apropiarse de ellos mediante la construcción de comunidades espaciales elitistas de segundo orden, que también tenderán a aislarse del resto de la sociedad, en una sucesión de procesos de segregación jerárquicos que, juntos, equivalen a la fragmentación socioespacial" (Castells, Vol. 1, p. 450).

El aislamiento de acceso controlado se convierte en símbolo de distinción y poder. Las relaciones de contigüidad degradan el estatus. La alienación de los demás se refuerza como símbolo de poder, que por otra parte, refuerza las tendencias de separación entre el ejercicio de la política y la vida cotidiana.

En este proceso se genera una brecha entre el espacio de los flujos y lo local.

Lo local está referido al lugar, a una localidad donde estamos contiguos, en donde nos encontramos, nos vemos e interactuamos. "Un lugar es una localidad cuya forma, función y significado se contienen dentro de las fronteras de la contigüidad física" (Castells, Vol. 1, p. 457).

El lugar no es necesariamente una comunidad, aunque puede ayudar a constituirlo. En el lugar se interactúa con los otros y con el ambiente; el lugar tiene fun-

ciones para quienes lo usan y por ende, tiene diferentes usos; en el lugar las personas se expresan. El lugar es una mediación entre el hogar y el mundo. (Castells, Vol. 1, p. 458). Es un espacio para la vida cotidiana colectiva.

Dentro de la sociedad red, los lugares, lo local, juegan un papel insignificante en la definición de los rumbos de las sociedades y del mundo. Pareciera que las personas viven sus vidas como títeres marcados en sus movimientos más significativos por hilos abstractos, atemporales, ahistóricos, por flujos que están en otro espacio que no es este cotidiano. De esa manera no sería posible constituir identidad como la síntesis entre biografía y tendencias universales. Sin embargo, para una mayoría de población, la identidad se construye a partir de los lugares y de lo contiguo, fuera de los espacios de poder. Por eso, la identidad desde lo local se construye como resistencia o al revés, la resistencia a las determinaciones de los flujos desde lo local, genera posibilidades de nuevas identidades. Este factor se profundiza cuando el tiempo pierde importancia y los lugares retoman un papel inusitado como fuente de sentido y significado.

Nos parece que en este punto se puede hacer una lectura semejante a la que hacen los estudios culturales de los procesos de recepción de los medios de información colectiva. En estos procesos se pueden presentar tres tipos de lecturas: la dominante, la negociada y la crítica. En la dominante, se genera la identidad que impone el poder que deviene del espacio de los flujos; la negociada, acepta parte de las imposiciones, pero matizadas con aportes locales y la crítica, implica un rechazo total de la identidad dominante y se expresa en formas y estilos de vida y significación, individuales y colectivos, de confrontación directa.

De todas formas, existe una fractura entre el ejercicio del poder desde el espacio de los flujos y la vida social que se genera en los lugares. Este hecho se complejiza cuando el poder de los flujos separa a los lugares. El poder del espacio de los flujos desconecta y conecta a los lugares desde su lógica marcada por los intereses de cada red. Los lugares van conformando su propia dinámica e identidad sin interactuar y reconocerse entre ellos, generando una especie de Torre de Babel.

Al respecto, Castells hace dos observaciones muy importantes desde la perspectiva que nos interesa:

“...las elites son cosmopolitas; la gente, local. El espacio del poder y la riqueza se proyecta por el mundo, mientras que la vida y la experiencia de la gente se arraiga en lugares, en su cultura, en su historia. Por lo tanto, cuanto más se basa una organización social en flujos ahistóricos, suplantando la lógica de un lugar específico, más se escapa la lógica del poder global del control sociopolítico de las sociedades locales/nacionales con especificidad histórica” (Castells, Vol. 1, p. 449).

Y más adelante concluye:

“Así pues, la gente sigue viviendo en lugares. Pero como en nuestras sociedades la función y el poder se organizan en el espacio de los flujos, el dominio estructural de su lógica altera de forma esencial el significado y la dinámica de aquellos. La experiencia, al relacionarse con los lugares, se abstrae del poder, y el significado se separa cada vez más del conocimiento. La consecuencia es una esquizofrenia estructural entre dos lógicas espaciales que amenaza con romper los canales de comunicación de la sociedad. La tendencia dominante apunta hacia un horizonte de un espacio de flujos interconectado y ahistórico, que pretende imponer su lógica sobre lugares dispersos y segmentados, cada vez menos relacionados entre sí y cada vez menos capaces de compartir códigos culturales y físicos entre estas dos formas de espacio, quizás nos dirijamos hacia una vida en universos paralelos, cuyos tiempos no pueden coincidir porque están urdidos en dimensiones diferentes de un hiperespacio social” (Castells, Vol. 1, pp. 461-462).

No necesariamente estos hechos son inmutables, son tendencias dominantes pero pueden ser quebradas desde otras lógicas determinadas por las necesidades cotidianas de poblaciones. Los intereses de poblaciones o sectores de población pueden entrar en contradicción con los intereses de la lógica espacial dominante y generar movimientos contra hegemónicos para crear o recuperar lugares. O bien, dos lógicas de uso diferentes del mismo lugar, en respuesta a las tendencias impositivas del espacio de los flujos, puede enfrentar a diferentes sectores de población con intereses diferentes, poco relacionados entre sí y con muy pocos códigos culturales comunes. Desde los lugares, desde lo local se pueden construir y se construyen, espacios e identidades de resistencia y cuál es su incidencia real en el poder global, es algo que todavía está por verse.